



EL PROCESO A GALILEO A TRAVÉS DE SUS TEXTOS

DE MENSAJERO DEL CIELO
A NÁUFRAGO DE LAS MAREAS

IGNACIO SOLS



IGNACIO SOLS

**EL PROCESO A GALILEO
A TRAVÉS DE SUS TEXTOS**

**DE MENSAJERO DEL CIELO
A NÁUFRAGO DE LAS MAREAS**

ARGUMENTOS PARA EL
SIGLO XXI



Colección: Argumentos para el siglo XXI
Director de la colección: Gonzalo Nadal
El proceso a Galileo a través de sus textos
© Autor: Ignacio Sols Lucia
2ª Edición
© Digital Reasons, 2025
www.digitalreasons.es
info@digitalreasons.es
Serrano 51, bajo, – 28006 Madrid (España)

Diseño de cubierta: BibliotecaOnline SL
Diseño de interior: BibliotecaOnline SL

ISBN: 978-84-10093-29-4

Depósito Legal: M-12418-2025

Ficha bibliográfica: Sols Lucia, Ignacio, (2025): *El proceso de Galileo a través de sus textos*, Madrid, Digital Reasons.

Impresión: y encuadernación: Podiprint

Impreso en España - *Printed in Spain*

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva del autor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

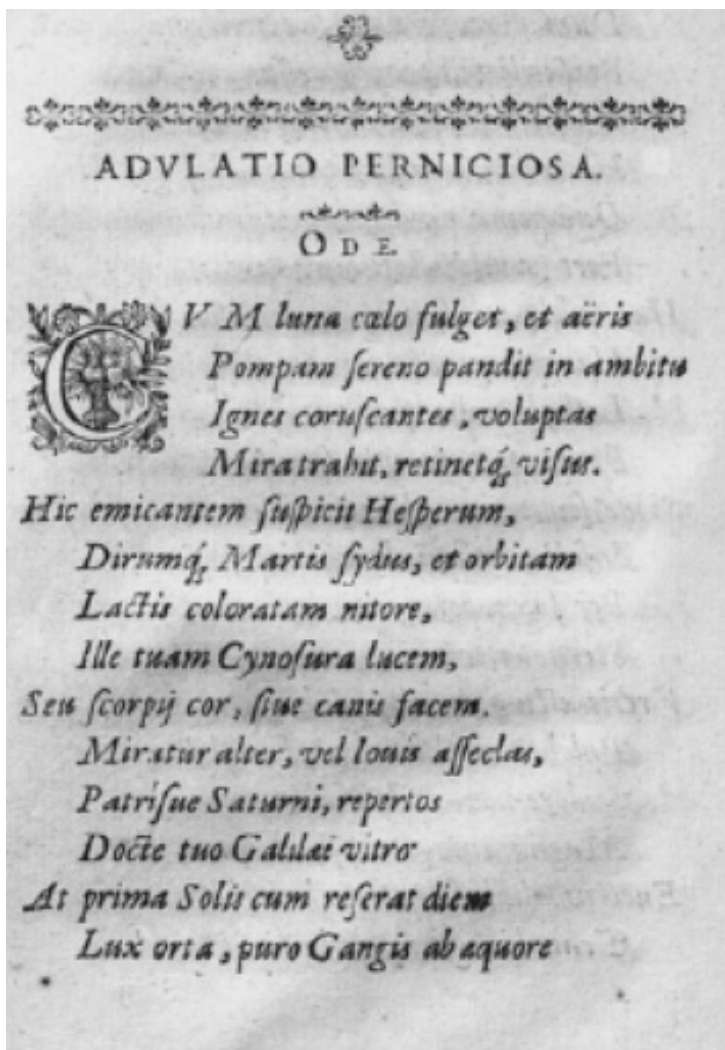
INDICE

Introducción	9
--------------------	---

PRIMERA PARTE: EL PROCESO A GALILEO

1. Galileo, matemático	13
1.1 Copérnico y el copernicanismo	13
1.2 El joven profesor de Pisa.....	22
1.3 Galileo, profesor en Padua.....	27
2. Galileo, al telescopio	39
2.1 Mensajero del cielo	39
2.2 Matemático principal del Gran Duque de Toscana.....	44
2.3 Fases en Venus y manchas en el Sol	46
3. Prohibición	55
3.1 La liga antigalileana	55
3.2 Carta a Castelli y primera acusación	61
3.3 Carta a Cristina Lorena	66
3.4 El decreto de la Congregación del Indice.....	71
4. Desobediencia	79
4.1 El Saggiatore y el distanciamiento con el Colegio Romano	79
4.2 Urbano VIII.....	85
4.3 El Diálogo sobre las Mareas.....	88
4.4 Licencia e impresión del Dialógo.....	98
5. La condena	103
5.1 Llamado ante el Santo Oficio	103
5.2 Los interrogatorios.....	108

5.3	Abjuración y condena.....	114
5.4	Actividad científica en Arcetri y muerte de Galileo.....	116
5.5	Fin de la prohibición.....	120
6.	Epílogo	127
6.1	¿Cómo se pudo llegar a esta situación?.....	127
6.2	El actual malentendido sobre el caso Galileo	132
6.3	Perspectiva histórica del caso Galileo.....	139
SEGUNDA PARTE: TEXTOS DEL PROCESO A GALILEO		
7.	Personajes que aparecen en estos textos	145
8.	Textos del proceso	157
9.	Bibliografía	379



Poema que dedicó a Galileo en 1620 Maffeo Barberini, el futuro papa Urbano VIII, en el que mostraba su admiración hacia la obra del científico toscano.

INTRODUCCIÓN

Difícil es encontrar un caso que haya puesto en relación tantos ámbitos del pensamiento científico, filosófico, histórico y religioso como el caso Galileo y, en especial, la demarcación entre estos ámbitos: no solo demarcación entre ciencia y filosofía, y demarcación entre ciencia y religión, sino, en el campo estricto de la ciencia, demarcación entre lo que es física y lo que es matemática; entre lo que es nuestro conocimiento del universo y lo que es nuestra modelización matemática de él.

Estos fascinantes aspectos atrajeron poderosamente mi atención a raíz de cierta investigación de tipo histórico que conduje, en colaboración con el Dr. Juan José Pérez Camacho, en cierto tema de ciencia pregalileana. Daba por supuesto que, con la enorme cantidad de literatura vertida sobre él, se trataría de un caso cerrado, donde habría un acuerdo total sobre lo que ocurrió y donde todos los errores cometidos habrían sido reconocidos. Pero, como el lector verá, no creo que se haya llegado a esto aún,

ni siquiera tras el esfuerzo promovido por Juan Pablo II para el esclarecimiento del caso. Es por esto que decidimos llegar a nuestra propia idea basados directamente en los textos, reconstruyendo el caso a partir de los veinte volúmenes de documentos *Le Opere di Galileo Galilei* que tenemos en la Biblioteca Nacional, editados entre 1890 y 1909 por Antonio Favaro. Tras muchos sábados de alfombrado silencio en la Biblioteca, nos animamos a escribir un artículo (Perez Camacho y Sols 1993) en que hacíamos referencia a muchos documentos que, por supuesto, no transcribíamos. Ese es el origen de este libro: por una parte, ha pasado mucho tiempo, he podido profundizar en documentos a los que en aquella primera selección no dimos importancia, y ha habido tiempo para sedimentar y contrastar la propia idea con las opiniones de otros autores. Por otra parte, se me ocurrió que podría facilitar esta misma labor a quien quisiese formar su propia opinión a partir de los textos, sin tener que invertir tanto tiempo en encontrar los más directamente relacionados con el caso. Concebí entonces el proyecto de escribir este libro cuando tuviera tiempo para ello, proyecto que he ido retrasando por los años, hasta que la situación de pandemia lo ha propiciado.

Tenía que tratarse de un libro manejable, textos relacionados con la prohibición del copernicanismo en 1616 y el proceso a Galileo en 1633, de modo que el lector pudiera formar su propia idea con solo leer los documentos. Para ello debía ser escrupulosamente honesto, sin ceñirme a los textos y párrafos que mejor apoyasen mi propia idea. Debería preceder además una breve historia de los hechos que permitiese enmarcar los diversos textos, para que no apareciesen como un mosaico incomprensible. Y convendría también que esa historia acabase con la declaración de mi propia opinión sobre los aspectos

implicados en el asunto, pues siendo inevitable que, aun involuntariamente, selección y relato lleven siempre el *indirizzo* de la opinión, mejor manifestarla claramente al lector. Adelanto que no me alinearé —o me alinearé con matices— con aquella famosa paradoja de Pierre Duhem de la que se hizo eco Juan Pablo II en el acto de clausura de los trabajos de la comisión para el esclarecimiento del caso Galileo: la paradoja por la que cada parte en este caso, científica y teológica, habría acertado en el terreno de la otra y errado en el propio.

El subtítulo escogido hace alusión al *Diálogo de las mareas* por el que el Galileo fue condenado, aunque ya para entonces el título había cambiado a *Diálogo sobre los dos sistemas principales del mundo, ptolemaico y copernicano*, primera imposición. Y es que el título que Galileo dio a su *Diálogo* es ya una aproximación a las causas de lo ocurrido: quien cree haber demostrado el movimiento terrestre —como Galileo creía haberlo demostrado por las mareas—, y haber explicado al mismo tiempo tan importante fenómeno nunca antes entendido, no puede guardar silencio, ni aunque se le haya impuesto.

Con todo, para el lector que prefiera formar por sí mismo opinión, he facilitado su encuentro con los textos nudos, que puede encontrar en la segunda parte del libro. En cada caso, se incluyen unas mínimas palabras que los resumen y los ponen en contexto. Estos resúmenes solo eran necesarios en el proyecto inicial de que fueran en lengua original, mayoritariamente latín o italiano. Pero el autor propone y el editor dispone: los he traducido a instancia suya, pero manteniendo esos resúmenes, quizá ahora algo redundantes. Pero pueden ser útiles a un lector rápido que solo eso lea, aunque deteniéndose en algún texto que le parezca especialmente interesante, tal como hacemos al leer los titulares de un periódico. He

añadido también, para facilidad del lector, una relación de los principales correspondientes de Galileo, con un comentario mínimo que le permita identificarlos. Los textos en el idioma original se han mantenido solo en la edición digital de esta obra.

No es la primera selección que se escribe, claro está. Con todo, he preferido proceder de nueva planta: no seguiremos la idea de otras selecciones en otros idiomas, en las que solo se incluyen textos completos, y no una selección de párrafos, lo que lleva a prescindir de la mayor parte de los textos que aquí presentamos. Aquí extraemos párrafos de cartas o documentos donde el resto puede tener menor interés, o queda bien representado por las líneas escogidas. Con todo, ha sido una decisión difícil, pues esa selección resta sensación de realidad a las cartas, al perder esos aspectos tan humanos de las que se escribían entonces, especialmente los italianos, con aquellas expresiones rimbombantes “Y con toda reverencia, besándole las manos, le ruego al Santo Dios toda felicidad...”.

No quiero terminar esta introducción sin agradecer a los jesuitas P. Manuel García Doncel y P. José Antonio Yoldi, ambos estudiosos del caso que aquí trato, su asesoramiento y crítica durante la preparación de este libro, que me han llevado a matizar mis planteamientos iniciales.

Ignacio Sols
Barcelona, Mayo de 2021

PRIMERA PARTE: EL PROCESO A GALILEO

1. GALILEO, MATEMÁTICO

1.1 Copérnico y el copernicanismo

La historia del proceso a Galileo comienza casi un siglo antes con una figura señera, Nicolás Copérnico (Thorn, 19 febrero 1473–Frauenburg, 24 mayo 1543). Estudió en la universidad de Cracovia entre los años 1491 y 1494, una universidad en la que, al decir del historiador de la Ciencia A. C. Crombie, se enseñaban las doctrinas de Nicolas de Oresme (1325–1382), el obispo de Lisieux, luz científica de la edad media, que había explicado con la teoría de la inercia el hecho de que no notemos el movimiento de rotación en la Tierra. Aunque canónigo en Frauenburg desde 1495, en los años que siguieron a su nombramiento Copérnico, se proveyó en Italia de una formación bastante completa, antes de volver a esta ciudad: en 1496–1497 estudió astronomía

con Domenico Novara en la universidad de Bolonia; en 1501–1507 estudió derecho y medicina en la universidad de Padua, obteniendo el 31 de mayo de 1503 el título de *Doctor iuris canonici* en la universidad de Ferrara. Fue canciller del capítulo de la catedral de Frauenburg en los años 1510, 1519 y 1525 y, al morir el obispo en 1537, su antiguo amigo, el obispo Tiedemann Giese, intentó que Copérnico le sucediera. Quizá hayamos de congratularnos de que no consiguiese para Copérnico la mitra episcopal, pues es posible que gracias a esa circunstancia dispusiese de tiempo para redactar las ideas astronómicas que llevaba desarrollando desde la década anterior a 1533. En este año, el papa Clemente VII y algunos cardenales fueron enterados de sus nuevas hipótesis para la astronomía, conocimiento experto por el que se pensó en él para la reforma del calendario urgida por el Concilio V de Letrán (1512–1517). Como es bien sabido, dio a conocer a la comunidad científica su sistema del mundo en el mismo año de su muerte, 1543, año en que apareció su inmortal obra *De revolutionibus orbium coelestium* que, en 1541 y tras mucho dudar, había autorizado a Rheticus a publicar, primer acto de esta historia.

Estas ideas pretendían sentar las bases astronómicas para la reforma del calendario juliano (que tuvo lugar el 15 de octubre de 1582, bajo el pontificado de Gregorio XIII). El Concilio V de Letrán, bajo León X, había pedido esta reforma, porque el desfase del principio de año acumulado durante dieciséis siglos de calendario juliano mostraba que el número fraccionario de días que tiene el año no estaba calculado con suficiente exactitud (consecuencia de ello son las sucesivas celebraciones que nos reúnen caliente junto al árbol, el belén y la estufa: el solsticio, la Navidad, Año Nuevo y Reyes; claramente, cada una de ellas ha sido alguna vez el principio del año hasta

quedar desfasada por la siguiente, pero la cosa no podía seguir así indefinidamente).

Nicolás Copérnico, a petición del obispo de Fossombrone, puesto a cargo de la reforma del calendario, asume la tarea de llevar a cabo los estudios astronómicos necesarios. Vuelve entonces a la antigua concepción que en su humildad llama ‘pitagórica’, aunque más exacto hubiera sido la atribución, a principios del siglo III a. C., a Aristarco de Samos. Porque los pitagóricos –como Filolao, en el siglo V a. C.– se habían limitado a decir que la Tierra y los astros se mueven alrededor de un fuego central que no se ve desde Grecia. Parece ser que dos pitagóricos posteriores, Ecfanto e Hicetas, fueron quienes primero hablaron de rotación de la Tierra. Habría de ser el gran Aristarco quien nos dijese que el fuego central del que hablaron los pitagóricos se ve muy bien desde las playas griegas, pues ¡es nuestro querido Sol! En su sistema, el Sol está quieto y es la Tierra la que se mueve con una rotación diurna sobre su eje y una traslación anua en torno al Sol. Inicia así el programa de medidas astronómicas que habría de culminar, a mediados de ese mismo siglo III a. C., Eratóstenes de Alejandría: tamaño y distancia de Luna y Sol, y tamaño de la Tierra; todo ello con cálculos conceptualmente correctos que proporcionan, expresados en “estadios”, resultados bastante aceptables (atendida la época) en comparación con las longitudes reales.

Pero la astronomía de Ptolomeo de Alejandría, en el siglo II d. C., seguía el sistema de Eudoxo y Aristóteles en el siglo IV a. C., Apolonio de Pérgamo a finales del siglo III a. C., e Hiparco de Nicea en el siglo II a. C. (el fundador de la trigonometría): la Tierra ocupa el centro del cielo –como entonces se decía– y el Sol y los planetas giran en torno a ella. Los movimientos son circulares, y para conseguir

la precisión a la que llega el sistema, Ptolomeo compone, siguiendo una idea original de Apolonio, gran cantidad de esos movimientos circulares llamados epiciclos, siendo el principal el círculo (“deferente”) que cada astro describe en torno a la Tierra, correspondiendo al movimiento de rotación que, como sabemos ahora, en realidad tiene esta.

En cuanto al movimiento que había que poner en los astros correspondiendo al movimiento de traslación anual que tiene la Tierra, afinaban bastante: decían que la Tierra no estaba en el centro del Cielo, sino muy cerca de él (correspondiendo al hecho de que el Sol no está en el centro de la elipse que describe la Tierra, sino en uno de sus focos). Y la matrícula de honor se la lleva el hecho de que hubieran topado con cierto pregusto de la segunda ley de Kepler, al decir que el Sol va más rápido cuando menos dista de la Tierra (más precisamente, decían que el Sol se movía de tal modo que pareciera uniforme a un observador que se situase en un punto llamado “ecuanter”, el simétrico de la posición de la Tierra respecto del centro del cielo).

Es algo un poco complicado para quienes ignoren que la segunda ley de Kepler establece que la velocidad areolar de la Tierra, como la de todos los planetas, es constante, por lo que avanza más rápido la tierra cuando más cerca del Sol está: estos pueden quedarse, de todo lo dicho, con que Ptolomeo de Alejandría, en el segundo siglo de nuestra era, llegó a una gran precisión en sus medidas, no por haber acertado con el modelo correcto del universo, sino por haber introducido correcciones – demasiadas y demasiado artificiales– a un modelo equivocado en que la Tierra está quieta y los astros se mueven en torno a ella con movimientos circulares (se aproximan con esas correcciones a lo que en realidad son movimientos elípticos de los planetas, incluida la Tierra, en torno a un Sol fijo en el centro del sistema planetario).

Este modelo fue mantenido por los posteriores astrónomos alejandrinos; y, tras la toma de Alejandría por los musulmanes en 640, pasó a un mundo árabe que terminó asimilando, como suele ocurrir, la cultura de los mismos pueblos que había invadido. Esto fue posible gracias a la ingente labor de una escuela de traductores en los dos siglos siguientes, siendo cristianos los primeros de ellos, como Yahyah, Hunain ibn Ishaq, y su hijo Ishaq ibn Hunain, director de la Casa de la Sabiduría de Bagdad, fundada en 825 por el califa Al Mamun, de la que se dice llegó a tener más volúmenes que la Biblioteca de Alejandría; treinta y siete de sus iniciadores fueron cristianos, y luego hubo ya mayoría musulmana. Entre los musulmanes en ese mismo siglo IX, el traductor y matemático, Thabit ibn Qurra, y el fundador del álgebra, Al Guarizmi (de quien viene la palabra “algoritmo”).

Por la labor, más tarde, de los traductores de la escuela de Toledo, siglo XII, la astronomía de Ptolomeo fue introducida en el tardo medievo cristiano para su enseñanza en las primeras universidades. Recordemos que estas habían nacido a principios del siglo XIII como ampliaciones de las escuelas catedralicias donde se había venido enseñando una versión de la astronomía ptolemaica muy resumida por Boecio, siglo VI, y adoptada por sus contemporáneos Casiodoro y san Benito para la enseñanza en las escuelas monacales de las órdenes que fundaron.

La astronomía ptolemaica, asimilada pues y ampliada por los excelentes matemáticos árabes, y llegada al occidente europeo en ese trasvase de culturas, fue la tradición que habría de llegar hasta Nicolás Copérnico, y a la que él habría de oponerse, dando de nuevo al Sol el lugar central del cielo. Conviene tener en cuenta, no obstante, que la idea de la Tierra en el centro del cielo, pero con un movimiento de rotación diurna sobre sí misma, fue man-

tenida por los intelectuales del bajo medievo. En el siglo XIV, Nicolás de Oresme, obispo de Lisieux, se opuso en el *Livre du Ciel et du Monde* a los argumentos aristotélicos sobre la quietud de la Tierra, y dijo que los movimientos atribuidos a los astros no son sino movimientos de la Tierra que no sentimos porque participamos del “ímpetu” –lo que hoy llamamos inercia– que tiene la Tierra, concepto introducido poco antes por Jean Buridan, pero que se inscribía en una tradición iniciada por el monofisita Juan Filopón de Alejandría en torno al año 530.

A Nicolás de Oresme y a los teóricos del movimiento del siglo XIV, siguió un siglo XV de menor interés por la ciencia. En palabras que abren el capítulo de la Historia de la Ciencia de A.C. Crombie dedicado a la continuidad entre ciencia medieval y ciencia del siglo XVII:

En la actualidad, muchos estudiosos concuerdan en que el humanismo del siglo XV, que surgió en Italia y se extendió hacia el norte, fue una interrupción en el desarrollo de la ciencia. El ‘Renacimiento de las Letras’ hizo que disminuyera el interés por la naturaleza, en favor del estilo literario, y, al volverse hacia la Antigüedad clásica, sus devotos dejaron de lado los progresos científicos de los tres siglos anteriores.

Saltando así, de nuevo, al siglo XVI, digamos de Nicolás Copérnico que, a pesar de su genio innovador, seguía con la concepción del movimiento circular: las órbitas elípticas habrían de ser descubiertas por Johannes Kepler, ya en el siguiente siglo XVII, en su *Astronomía Nova* de 1609 (aquel famoso “ridiculus mi!”, al caer en la cuenta de que la órbita de Marte que tanto tiempo llevaba estudiando no era en realidad circular, sino elíptica). Por tanto, Copérnico también tenía necesidad de corregir errores para ajustar su modelo a las posiciones

reales de los astros, recurriendo a los clásicos epiciclos, movimientos circulares que se componían unos con otros para aproximar los movimientos reales de los astros. De hecho, lograba con su sistema menos precisión que la lograda por el muy elaborado modelo ptolemaico, aunque con notable ganancia en simplicidad (al necesitar menos epiciclos) y en naturalidad (al prescindir de los aspectos más artificiales de ese antiguo sistema del mundo).

Y aquí empieza nuestra historia. No es inicialmente la historia de un desencuentro de la Iglesia con la ciencia, sino muy al contrario. Según afirma Nicolás Copérnico en su dedicatoria al papa Paulo III [1.2] de su obra *De Revolutionibus Orbium Coelestium*, fue precisamente Tiedemann Giese, el obispo de Kulm, antiguo amigo de Copérnico, y el cardenal Nicolás Schönberg (quien de hecho pagó la edición) quienes vencieron las reticencias del autor a publicar una obra que Copérnico no se atrevía a dar a la imprenta porque rompía con la tradición y con el sentido común: el Sol no se mueve, sino que permanece fijo en el centro del cielo. En torno a él se mueven los planetas, incluida la Tierra, como un planeta más. Además de este movimiento de traslación anual, tiene la Tierra un movimiento de rotación diurna alrededor de su eje norte-sur.¹ Así pues, no nació —no renació— este sistema astronómico con oposición alguna de

1 Hay además una gran precesión del eje terrestre, de modo que el polo norte traza un círculo completo con un período de unos veintiséis mil años y, debido a ello, la actual estrella polar estará en su mayor cercanía al polo norte en torno al año 2102. Al no ser el eje de rotación de la tierra perpendicular al plano de la eclíptica, y no ser la Tierra perfectamente esférica, la atracción de Sol, Luna y planetas no es la misma en todos los puntos de la Tierra, creándose una fuerza de “torque” que causa esta precesión que solo aproximadamente describe un círculo completo, siendo en realidad una complicada composición de precesiones. Esta “precesión de los equinoccios” fue conocida por los antiguos (siglo II a. C.), y es considerada también por Copérnico, algo de lo que se hará eco Galileo en referencia a él, pero no jugará un papel importante en el debate que enfrentó los sistemas del mundo, el cual versó de la rotación y traslación, si eran de la Tierra o del Sol.

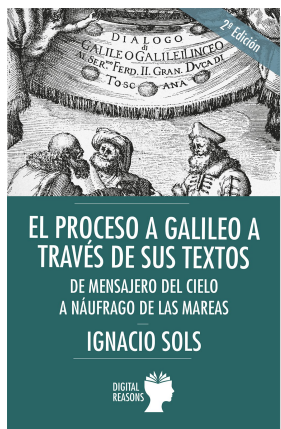
la Iglesia, sino con su apoyo (y hasta financiación, lo que no está mal).

Pero sucedió muy al principio algo que vendría luego a enturbiar su futura relación con ella: sin autorización del autor, y sin firma alguna –de modo que fue tenido por cosa del propio Copérnico–, se incluyó en la obra un prólogo que indicaba que todo lo allí expuesto era mera hipótesis, en el débil sentido que tenía entonces esta palabra, y que el lector debe retener bien si quiere comprender esta historia: se llamaba entonces hipótesis a una mera ficción matemática para facilitar los cálculos astronómicos, sin pretensión alguna de que las cosas pudieran ser así en la naturaleza [1.1]. En la actualidad, en cambio, una hipótesis es una afirmación acerca de la naturaleza cuya verdad se conjetura pero aún no ha sido demostrada.

Sabemos ahora que el prólogo al libro de Copérnico fue escrito por el teólogo luterano Andreas Osiander, y que mucho molestó a Nicolás Copérnico, quien no pudo reaccionar por hallarse ya en el lecho de muerte cuando la obra estaba imprimiéndose: el gran Copérnico falleció el 24 de mayo de 1543.

Con todo, es imposible que quien lea su libro no advierta que este prólogo es una impostura, pues el autor defiende su propuesta contra las razones del sentido común que no percibe el movimiento en la Tierra: critica las razones por las que Aristóteles y Ptolomeo dijeron que la Tierra no se movía [1.3], y afirma que no notamos su movimiento porque también el agua, el aire, y el fuego –los otros tres elementos– se mueven con ella [1.4]. Como hemos recordado, esto ya lo había dicho el obispo Nicolás de Oresme en el siglo XIV, aunque él llamó “ímpetu” a lo que ahora conocemos como “inercia”, término acuñado por Kepler.

¿Quiere seguir leyendo?



Acaba de leer el comienzo de *El proceso a Galileo a través de sus textos. De mensajero del cielo a naufrago de las mareas*, de Ignacio Sols. El libro completo reconstruye, en seis capítulos de historia y una amplia selección de documentos de la época, la prohibición del copernicanismo en 1616 y el proceso de 1633, para que el lector forme su propia opinión a partir de las fuentes.

[Comprar el libro completo ›](#)

bibliotecaonline.es/el-proceso-a-galileo-a-traves-de-sus-textos

QUÉ ENCONTRARÁ EN EL LIBRO

- **De Copérnico al telescopio.** El copernicanismo y el sentido de «hipótesis», el joven profesor de Pisa y Padua, el *Mensajero del cielo*, las fases de Venus y las manchas solares.
- **Prohibición y desobediencia.** La liga antigalileana, las cartas a Castelli y a Cristina de Lorena, el decreto del Índice de 1616, *El Saggiatore*, Urbano VIII y el *Diálogo* sobre las mareas.
- **La condena y su epílogo.** El Santo Oficio, los interrogatorios, la abjuración, los años de Arcetri y el fin de la prohibición; cómo se llegó a esa situación y el actual malentendido sobre el caso.
- **Los textos del proceso.** Más de doscientas páginas de documentos traducidos al español a partir de *Le Opere di Galileo Galilei*, cada uno con un breve resumen que lo sitúa, y una guía de los personajes.

Segunda edición. Incluye una relación comentada de los principales correspondientes de Galileo y bibliografía.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-10093-29-4



Escanee para comprar